

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO: Los intelectuales de un siglo.

Bruno, Paula.

Cita:

Bruno, Paula (2011). *COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO: Los intelectuales de un siglo*. POLHIS. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política,, 312-316.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/paula.bruno/45>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pdMm/spc>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Los intelectuales de un siglo¹

Por Paula Bruno[□]

(CONICET- Instituto Ravnani, UBA)

Notas críticas sobre los siguientes libros: Altamirano, Carlos (director y editor del volumen), *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010, 811 páginas; Winock, Michel, *El siglo de los intelectuales*, Buenos Aires, Edhasa, 2010. Traducción de Ana Herrera de la edición del francés: *Le siècle des intellectuels*, Éditions du Seuil, 1997 y 1999, 1046 páginas.

Presentación

Sospechada, cuestionada y polémica, la figura del intelectual ha generado miradas en tensión en el marco de distintas disciplinas sociales y humanas, pero también en el ámbito público. Preguntas sobre su rol social y político, las relaciones con el poder, las potencialidades como actor de cambio o de reacción, entre otras cuestiones, han sido y son temas de interés. Con propuestas muy diferentes, pero focalizando la mirada en un horizonte común, los dos libros aquí comentados comparten un terreno de estudio: el mundo de los intelectuales; y una marca temporal de largo plazo: el siglo XX. Más allá de estos dos aspectos, no es una tarea sencilla trazar puentes entre ambos. Pero, como es sabido, no siempre las conexiones son lineales, así que se ensaya aquí un recorrido que pretende poner en diálogo ambas producciones centrado la atención en tres aspectos.

Geografías: París y Latinoamérica

Desde que Benjamin acuñó la expresión "París, capital del siglo XIX", es difícil no hacer un uso extensivo de la misma para pensar las manifestaciones culturales e intelectuales del siglo XIX europeo y, por qué no, de sus proyecciones en otras latitudes. En el mismo sentido: ¿quién diría que es aventurado utilizar un rótulo de aires benjaminianos, como: "París, capital de los intelectuales desde fines del siglo XIX"? La producción historiográfica de los últimos años no hace más que constatar la validez de este enunciado. Para evidenciarlo, basta sólo con mencionar algunos libros de muy distinto tono, pero que no dudan convertir a la capital francesa en el escenario de acción de los intelectuales como figuras públicas: Christophe Charle, *Paris. Fin de Siècle. Culture et politique* (Paris, Editions du Seuil, 1998), Pascal Ory-Jean-François Sirinelli, *Los intelectuales en Francia. Del Caso Dreyfus a nuestros días* (Valencia, Universitat de València, 2007; edición en francés: Paris, Armand Colin, 1986), Tony Judt, *Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses, 1944-1956* (Madrid, Taurus, 2007; edición original en inglés: University of California Press, 1994).

¹ Los/as animadores/as del BBE me plantearon el desafío de escribir este comentario. Les agradezco, entonces, la propuesta.

[□] Doctora y Profesora en Historia por la Universidad de Buenos Aires y Magíster en Investigación Histórica por la Universidad de San Andrés. Es investigadora del CONICET y del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" (FFyL, UBA). En 2008 recibió el Premio Pensamiento de América "Leopoldo Zea" del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (OEA) por su libro *Paul Groussac. Un estratega intelectual* (Buenos Aires, FCE/UdeSa, 2005).

COMENTARIOS DE LIBROS RELACIONADOS

El libro de Michel Winock se inscribe, sin fisuras, en la tendencia que hace de París la meca intelectual, solamente que, a diferencia de los ejemplos recién mencionados, parece haber borrado –quizás deliberadamente, quizás por decisiones de corte editorial- la marca geográfica del título de su obra. Como si fuera ya indiscutible que referirse a la intelectualidad del siglo XX es focalizar la mirada en Francia como centro irradiador de ideas, novedades, libros, revistas y tendencias culturales. Partiendo de esta premisa, en *El siglo de los intelectuales*, Winock propone “volver a trazar”, la historia de los intelectuales franceses. Y elige como punto de partida un acontecimiento que, como es ya consensuado, ha dado origen a la figura del intelectual moderno: el caso Dreyfus de 1898 y sus repercusiones nacionales e internacionales.

Para Carlos Altamirano, promotor de la obra *Historia de los intelectuales en América Latina*, el libro de Michel Winock oficia de espejo invertido para definir la empresa que ha dirigido –en la introducción del volumen II-. Destaca que, así como París se ha considerado un espacio intelectual indiscutido, no existe una definición tan compacta de Latinoamérica como ámbito intelectual. Esto se debe a dos cuestiones. En primer lugar, se delinea un problema de definición geográfica asociado a la ya célebre controversia sobre las potencialidades y los límites de pensar América Latina como un todo. En este sentido, Altamirano destaca que “durante el siglo [XX] la vida intelectual latinoamericana corrió predominantemente por cauces nacionales y que no hubo ningún escenario central, como fue el caso de París y no sólo para Francia, la función de donde brota la autoridad intelectual” (p. 11). A esta cuestión de carácter “territorial” se suma una cuestión de orden temporal; el director de la obra subraya al respecto: “el proceso de América Latina y sus élites culturales en el siglo XX es demasiado intrincado como para que se lo ajuste a una historia escandida en etapas que valgan para toda la región” (p. 9). Dadas estas premisas, el desafío de un volumen colectivo que se enmarca en estas coordenadas es encontrar hilos comunes que atraviesen la pluralidad y la particularidad de los casos nacionales. Es decir, ver la forma de trazar cuadros de conjunto en un espacio heterogéneo surcado por cronologías no siempre sincronizadas. Para llevar a buen puerto esta intención de analizar los cruces entre destinos nacionales que no siempre han cristalizado en un producto único, fueron convocados autores y autoras de nacionalidades y disciplinas diversas. Sin dudas, este hecho aumentó, como se constata con la lectura del volumen, las posibilidades de su éxito, traducido en la riqueza interpretativa que se encuentra en sus páginas. Otro mérito de la obra es la renuncia a la búsqueda de un allanamiento del relato que ocluya la diversidad en pos de la armonía. En este sentido, no deja de ser interesante que la pregunta acerca de la posibilidad de pensar en la figura del “intelectual latinoamericano” o en la existencia –o no- de una “comunidad intelectual latinoamericana” atravesase varias de las contribuciones del volumen.

Focos: ideas e intelectuales

Podría sostenerse, de manera simplificada, que dos líneas generales de discusión signaron las producciones de historia y sociología de –y sobre- los intelectuales. La primera se define en el marco de aportes cuya intención central ha sido la de dar una definición más o menos acabada sobre qué es un intelectual. Aquí la lista de ejemplos podría ser prolongada y, como es sabido, pese a que se registran tempranas críticas al rol de los intelectuales (recuérdese que el “anti-intelectualismo” surgió en paralelo a la figura moderna del intelectual) fue el período de entreguerras y las décadas de 1960 y 1970 las que generaron mayores polémicas en este sentido. Para no saturar estas líneas con referencias, como ejemplos se pueden mencionar dos obras profusamente citadas que dan cuenta de los cuestionamientos acerca del rol de los intelectuales como figuras públicas que surgieron en dos coyunturas diferentes del siglo XX: *La trahison des clercs* de Julien Benda (Paris, Grasset, 1927; traducido como *La traición de los intelectuales*, Buenos Aires, Efece Editores, 1974) y *Les intellectuels* de Louis Bodin (Paris, Presser Universitaires de France, 1962; Buenos Aires, Eudeba, 1965).

 COMENTARIOS DE LIBROS RELACIONADOS

Asociadas a las búsquedas de definiciones vieron la luz obras de muy distinto tinte –algunas más cerca de la Sociología y otras filiadas con la Historia- que instalaron una serie de preguntas sobre los intelectuales y sus roles públicos. De este modo, se ha consolidado una tradición de estudios que ha abordado predominantemente la participación pública de estas figuras, la relación de los intelectuales con la política y los grados de compromiso con los problemas y coyunturas políticas de corte nacional e internacional de distintas épocas.

Otra línea general de estudios que atendió de alguna forma a los intelectuales no focalizó, paradójicamente, en sus roles públicos sino en sus figuras como portadoras de ideas de orden más general. En este sentido, los intelectuales han sido estudiados como voceros, portavoces o “mediums” entre el mundo de las ideas abstractas y las coyunturas históricas. De este modo, las ideas han sido estudiadas en planos de alta abstracción y se ha utilizado a tal o cual intelectual como encarnación o ilustración de las mismas, en tanto fuerzas de una determinada época. En este marco los ejemplos son varios. Remito a una obra que muestra de manera paradigmática esta opción en la que las ideas, por decirlo de algún modo, “borran” a los intelectuales: *Ideas. Historia intelectual de la humanidad* de Meter Watson (Barcelona, Crítica, 2006, traducción de Luis Noriega. Título original: *Ideas. A History to Fire to Freud*). Por razones de espacio, para una descripción más específica de ambas líneas aquí mencionadas y de las “escuelas” interpretativas que de ellas se desprenden –así como los roles centrales de Michel Foucault, Pierre Bourdieu y otros a la hora de pensar en “familias” interpretativas- remito a la obra de François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universitat de València, 2007.

Sin dudas, tanto el libro de Altamirano como el de Winock tienen mayores aires de familia con la primera línea mencionada que con la segunda, presentada en el párrafo anterior. En la obra de Winock es predominantemente el intelectual público el que está en el centro de la escena. Ya en sus páginas iniciales el autor hace explícita esta elección en dos sentidos. En el primero se expresa por la negativa: “aquí no encontrarán, pues, una historia de las ideas, si no de manera indirecta, y menos aún un estudio de la producción cultural desde hace un siglo”. En el segundo sentido subraya su perspectiva por la positiva: “abordaremos la descripción de los enfrentamientos políticos que opusieron a escritores, filósofos, artísticas, científico” (ambas referencias en p. 11).

En el volumen dirigido por Altamirano, es sobre todo la pluralidad de puertas de entrada para estudiar a las élites culturales latinoamericanas lo que marca la intención de pensar a los intelectuales como figuras públicas y la que da una relevancia particular no sólo a sus obras y sus ideas sino también a sus perfiles y proyecciones sociales para interpretar los rasgos de distintas épocas. De este modo, con los ejes que ordenan la obra –enumerados en la introducción con las siguientes denominaciones: “Intelectuales y poder revolucionario”, “Trayectos y redes intelectuales”, “Revistas”, “Entre la acción cultural y la acción política”, “La sustancia de la nación: intelectuales y cuestión indígena”; “Vanguardias”, “Empresas editoriales: estrategias comerciales y proyectos culturales”, “La *intelligentsia* de las Ciencias Sociales”, “Tendencias y debates” – conviven miradas y perspectivas muy variadas. Mientras que algunas, por mencionar algunas facetas, están más concentradas en el estudio de la pertenencia de los intelectuales a tal o cual grupo social, sus instancias de formación y las sociabilidades (se inscriben en esta tendencia las contribuciones de Sergio Miceli, Fernando Devoto y Heloisa Pontes, entre otras), otras rescatan una experiencia particular y sus proyecciones, como el exilio político o la pertenencia a un grupo reconocido como una “generación” (en el primer sentido se inscriben los capítulos de Martín Bergel y Ricardo Martínez Mazzola, Ricardo Melgar Bao y otras; en la segunda dirección el aporte de Nora Catelli). Estos ejemplos muestran sólo algunas de las posibilidades de las exploradas en el libro.

Lo que queda claro en estas breves pinceladas descriptivas sobre el libro compilado y dirigido por Carlos Altamirano es que, ya desde su título se diferencia de obras que hacían de las ideas el principal eje de sus interpretaciones y análisis. De hecho,

interpretaciones hoy consideradas tradicionales tendían a rastrear y reconocer las influencias de las corrientes de ideas provenientes de los focos europeos de difusión de saberes (especialmente Francia e Inglaterra) para, posteriormente, ver las supuestas deformaciones o deficientes imitaciones y readaptaciones locales, o bien las respuestas y reacciones de una América Latina sometida al trasplante de ideas que no habían nacido en su seno. Para plantear un juego de contrapuntos, resultaría por demás interesante confrontar los índices del volumen *América en sus ideas* (con coordinación e introducción de Leopoldo Zea, México, Siglo XXI Editores, 1986), donde se encuentran artículos titulados “Panamericanismo y Latinoamericanismo” (Arturo Ardao) o “Ante el imperialismo, colonialismo y neocolonialismo” (Carlos Real de Azúa) con los dos volúmenes de la obra bajo dirección de Altamirano². De la comparación de índices queda claro que, a diferencia de obras como *América en sus ideas*, una de las apuestas fuertes de la empresa comandada por Altamirano es, claramente, mostrar por distintos caminos la conformación de constelaciones de intelectuales y élites culturales de naciones latinoamericanas y los contactos establecidos entre las mismas.

Itinerarios y vidas: apuestas por los nombres propios

Casi tanto como la misma figura del intelectual, el género biográfico ha sido también durante muchas décadas sospechado. En ocasiones caracterizado como una ilusión y, en otras, catalogado como un género condescendiente con el mercado y sus caprichos. Sin embargo, en las últimas décadas el interés por las biografías recobró actualidad en el campo historiográfico, en el de la crítica literaria y en disciplinas afines.

En las obras aquí comentadas, sin dudas, se pueden ver fuertes apuestas por los nombres propios (parafraseando la obra de François Dosse, *La apuesta biográfica. Escribir una vida*, Valencia, Universitat de València, 2005). Cuando se trata de pensar en qué medida Michel Winock define su objeto de estudio, se pueden observar dos elecciones explícitas. En primer lugar, elige tres “hombres de pluma” que representan, a su entender, momentos de la historia de la intelectualidad francesa: Maurice Barrès (entre el caso Dreyfus y la Primera Guerra Mundial), André Gide (para el período de entreguerras) y Jean-Paul Sartre (desde la Liberación en adelante). Estas figuras son consideradas exponentes inapelables de una época, tanto por su influencia a la hora de desatar amores y odios en el mundo cultural y político, como por la recuperación que de ellos han hecho las generaciones posteriores. La elección de los tres nombres propios, entonces, se justifica por el peso de cada uno en su propio contexto y por sus proyecciones en el mediano y en el largo plazo. Queda, de este modo, explícita la intención de Winock de estudiar figuras representativas por su rol en la esfera pública –como puede verse en un epígrafe en el que el autor recupera un comentario de León Blum sobre Barrès: “Barrès creó y lanzó al mundo, que lo recogió, no sólo la armazón provisional de un sistema, sino alguna cosa que afectaba más profundamente a nuestra vida, una nueva actitud, un modo de espíritu desconocido, una forma de sensibilidad nueva”, p. 13-, más que por la importancia de sus obras. Esta apuesta por colocar los reflectores sobre Barrès, Gide y Sartre hace del “personalismo intelectual”, por decirlo de algún modo, una marca autoral central en la definición de estos hombres de pluma como síntesis perfectas de determinadas épocas.

En *Historia de los intelectuales en América Latina*. II se encuentran varias contribuciones que apuestan al nombre propio. Es el caso de los aportes de Arcadio Díaz Quiñones (sobre Pedro Henríquez Ureña), Jorge Myers (que centra la atención en Alfonso Reyes), Emilio Kourí (atento a la influencia del indigenismo de Manuel Gamio), Luis Millones (focalizado en Arguedas) y Jeremy Adelman (que estudia a Albert O. Hirschman). Pero, además, se encuentran otros nombres en los relatos de sus páginas. De hecho, toda una sección

² Aquí se centró la atención en el tomo II; pero está ya disponible también el tomo I: Altamirano, C. (dir.), Myers J. (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires: Katz, 2008, 587 páginas).

COMENTARIOS DE LIBROS RELACIONADOS

está dedicada a empresas editoriales. Así, son también *Amauta*, *Cuadernos Americanos*, *Marcha*, *Sur*, *Casa de las Américas*, *Revista Mexicana de Literatura* los nombres que asumen, junto con los propios, una presencia notable en el libro a cargo de Altamirano. Este hecho, sumado a otros atributos de la obra colectiva que ya se mencionaron, es una muestra interesante y valiosa de cómo pueden balancearse las posturas demasiado focalizadas en el estudio de los “personalismos intelectuales” con perspectivas que saben convertir a las figuras o a las empresas colectivas en “excusas” o puertas de entrada para iluminar y analizar los problemas de una época.